

Conversar con Camilo J. Cela es una experiencia difícilmente repetible. Supone intuir al genio, a la leyenda encarnada, a la vez que a la persona de carne y hueso, sencilla y auténtica. Pues, así como la sensación de realidad es una característica de sus personajes de ficción, la ficción parece consustancial con la personalidad de Cela. Se presenta, desde el principio, como un hombre abierto, cordial, irónico, imaginativo, lúcido y, a pesar de todos los pesares, pletórico de entusiasmo. Pero por encima de todo lo demás, Camilo J. Cela es un creador total y, en consecuencia y en el más genuino sentido del término, un hombre libre.

Y ahí nos duele a todos. O quizá esa fuera la raíz de nuestra posible futura felicidad.

—Camilo José, para usted, ¿qué es la libertad?

—La libertad es una noción huérfana en la que todos buscamos refugio y consuelo. Es libre quien busca la libertad en el pensamiento, ese castillo roquero que defiende el espíritu del hombre de todas las cadenas que le acechan. La libertad es la facultad de hacer, incluso, lo que la ley prohíbe. Y, desde luego, no según la pauta que dictan los dómines. El natural enemigo de la libertad es el Estado, esa constreñidora entelequia con la que el hombre, para ser libre, no debería colaborar jamás.

—Para un espíritu libre resulta fácil acordar con éste su pensamiento fuerte, sobre todo en estos tiempos de blandura y debilidad mental. Pero cabría preguntarse qué papel juega, entonces, el pensamiento en la vida del hombre y en su creación.

—Pensar resulta para el hombre, pensar en ser libre. Sabemos que pensamos y

pensamos porque somos libres. En realidad es un pez que se muerde la cola. O mejor dicho, un pez ansioso por atrapar su propia cola. Porque ser libre es tanto una consecuencia inmediata como una condición esencial del pensamiento. El pensamiento libre, aquél que se opone al mundo empírico y racional, tiene su tradición en la fábula. Y la capacidad de fabular aparecería, pues, como un tercer compañero capaz de añadirse al pensamiento y la libertad, gracias a esa pirueta que concede carácter de verdad a lo que, hasta la presencia de la fábula, ni siquiera fue simple mentira. Verdad, pensamiento, libertad y fábula quedan ligados por medio de un oscuro pasadizo que contiene no pocos equívocos, en forma de sendero del que no se sale jamás.

Ya desde su origen —basta recordar *La familia de Pascual Duarte*— la de Cela es una obra densa, pródiga, bien medida, que trata de organizar lo que no se entiende. Sus novelas engendran la emoción pura a partir del sarcasmo, la burla y la piedad, expresando un innegable sentido barroco de la existencia. Pero, además, Camilo J. Cela es —ha sido siempre—, un escritor con un insobornable compromiso, no sólo respecto a los demás, sino —y sobre todo—, consigo mismo.

—¿Qué es y qué significa la literatura?

—A mí me parece que la literatura, como máquina de fabular, se apoya en dos pilares que constituyen el armazón necesario para que la obra literaria resulte valiosa. En primer lugar, un pilar estético, que obliga a mantener la obra por encima de unos mínimos de calidad que ocultan, por debajo de ellos, un mundo

subliterario en el que la creación resulta difícilmente acompasable con las emociones de los lectores. Desde el realismo socialista a las veleidades pretendidamente experimentalistas, la ausencia de talento artístico convierte esa subliteratura en monótono engarce de palabras incapaces de lograr fábula literaria valedera alguna.

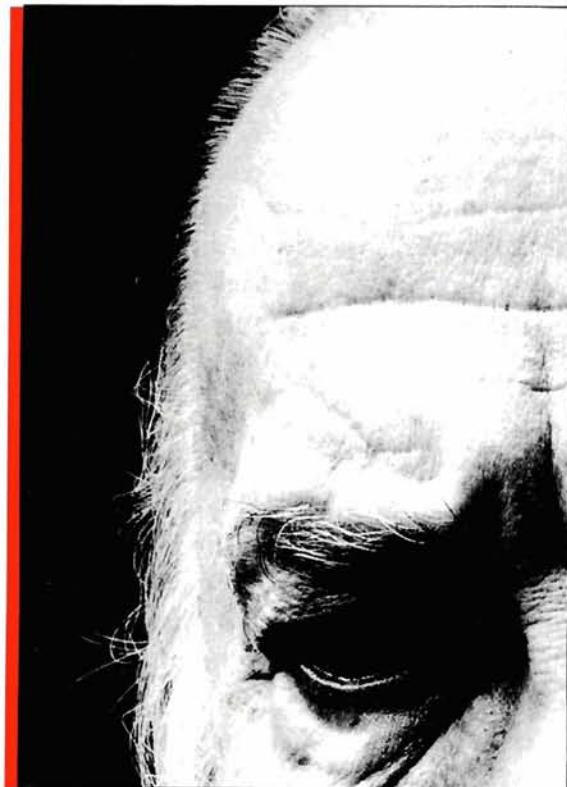
Pero una segunda columna, esta vez de talante ético, asoma también en la consideración del fenómeno literario. Creo que el presupuesto ético es el elemento que convierte a la obra literaria en algo verdaderamente digno del papel excelso de la fabulación. Pero la fábula literaria no puede reflejar cualquier tipo de compromiso ético. Entiendo que la obra literaria sólo admite el compromiso ético del hombre, del autor, con sus propias intuiciones acerca de la libertad. Claro es que cualquier hombre no es siempre capaz de superar su propia condición humana: cualquier hombre está amenazado de ceguera, y el sentido de la libertad es lo suficientemente ambiguo como para que en su nombre puedan cometerse los más aciagos errores. La fábula literaria está condenada a acertar tanto en su intuición ética como en su compromiso estético, porque tan sólo de esa manera podrá tener un significado aceptable, en términos ajenos a una posible moda pasajera o a una confusión rápidamente enmendable.

**—Según esto, ¿cuál es la naturaleza de la fábula literaria y cuáles sus límites, si los hay?**

—La fábula literaria no necesita sujetarse a imposición alguna que pueda limitar ambiciones, novedades y sorpresas. Y en tanto que esto es así, puede permitirse como ningún otro medio del

pensamiento mantener bien alto el estandarte de la utopía. Una fábula no tiene límites para la utopía, en tanto que ella misma está por necesidad anclada en la condición utópica. No hay más fronteras capaces de acotar el vuelo de la imaginación que aquellas que el propio autor acepte imponerse. Por supuesto que podría recordarse ahora la cuestión de la censura, pero a costa de introducir en la fábula literaria unos aspectos que la trascienden completamente y se sitúan en el terreno de la sociología o de la historia. Aparecería, así, no una subliteratura, sino una paraliteratura, que sería aquella distorsionada por motivos ajenos a unos arbitrios que serán mejores o peores, que tendrán una mayor o menor dosis de calidad ética y estética, pero que son los suyos propios.

**—Un proceso complicado y profun-**





**do, sin duda, ramificado y trascendente a todas luces.**

—Ciertamente. Pero no tan sólo en la facilidad para la propuesta utópica cuenta con ventajas la expresión literaria. La plasticidad interna del relato, la maleabilidad de las situaciones, los personajes y los acontecimientos, resultan un magnífico crisol para aventurar sin mayores riesgos todo un taller o, si se prefiere, un laboratorio en el que los seres humanos ensayan su conducta en condiciones inmejorables para el experimento. La fábula no se limita a indicar la utopía, puede también analizar cuidadosamente cuál es su discurrir y sus consecuencias en todas aquellas alternativas, desde la sesuda previsión hasta el disparate; que el pensamiento creador puede sugerir.

Lo verdaderamente útil de la fábula como crisol experimental no es la anécdota del acierto en la anticipación técnica, sino el retrato, tanto puntual y directo como en negativo, capaz de transmutar los colores de un mundo posible, ya sea futuro o actual. Es el hecho en sí de la búsqueda de compromisos humanos, de experiencias trágicas y de situaciones capaces de sacar a la luz de la siempre ambigua necesidad de optar ciegamente ante las solicitudes del mundo que nos rodea o puede rodearnos, lo que compone el fresco de la literatura como laboratorio experimental.

Durante toda su producción literaria, Camilo J. Cela ha pretendido ser —y ha sido— el privilegiado testigo y anotador minucioso de lo más profundo de la naturaleza humana, en muchas ocasiones lo más oscuro, inconfesable y oculto. Su tan traído y llevado tremendismo, objeto de múltiples críticas a lo largo del tiempo, es nada más y nada menos que una



incansable y constante búsqueda de la autenticidad. Y el resultado ha sido el hallazgo del hombre como un ser capaz tanto de las más atroces ferocidades, como de las gestas más elevadas. De ahí que en la obra de Cela se aprecie una esencial caracterización del hombre de carne y hueso, capaz de la ternura más sublime y la violencia más exacerbada.

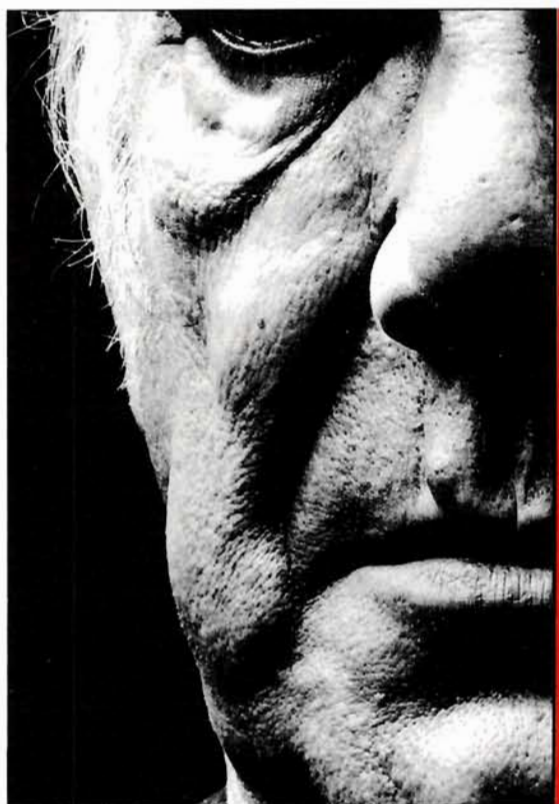
**—Así las cosas, ¿cuál estima usted que puede ser la función del autor en la creación literaria?**

—La presencia de ese ser imperfecto, voluble y confuso que es el autor en tanto que hombre, en tanto que persona, es fundamental. La magia de un Shylock no hubiera jamás aparecido sin el bardo genial cuya dudosa memoria es mucho más inconsciente, por supuesto, que la del personaje a quien proporciona la vida y privó, al alimón, de la muerte. ¿Y qué podemos decir de los anónimos clérigos y juglares de los que no conservamos más que el resultado de su talento? Sin duda, una cosa merece ser recordada por encima de toda determinación sociológica o histórica: que hasta el momento, y en la medida que podemos imaginarnos el futuro de la humanidad, la obra literaria está estrechamente sujeta a la necesidad de un autor, como filtro en la corriente

que sin duda procede de toda la humanidad que la rodea. Es esta conexión entre el hombre y la sociedad la que mejor expresa, quizá, la propia paradoja del ser humano sujeto al orgullo de su condición de individuo y amarrado, a la vez, a una envoltura colectiva de la que no puede desembarazarse sin riesgo de locura. Cabría extraer una posible moraleja: la que señala los límites de lo literario como aquéllos que constituyen precisamente, las fronteras de la naturaleza del hombre y enseñan más allá la condición, idéntica por otro lado, de dioses y demonios. Nuestro pensamiento puede imaginar los demiurgos, y la facilidad de las culturas humanas para inventar religiones es muestra cierta de ello. Nuestra capacidad para la fábula puede proporcionar la base literaria útil para ilustrarla, cosa que desde los poemas homéricos no hemos dejado de hacer. Pero ni siquiera de esa forma podríamos llegar a confundir nuestra naturaleza y acabar, de una vez para todas, con la tenue llama de libertad que late en la conciencia íntima de un esclavo, a quien se puede obligar a obedecer y sufrir hasta la muerte, pero no a amar o a cambiar uno solo de sus pensamientos profundos.

«En España, el que resiste gana». Afirmación de Camilo J. Cela que si es indudablemente cierta en el ámbito vital, puede aplicarse también y preferentemente a su creación literaria. Y ello porque la obra de Camilo José se apoya en dos pilares fundamentales y básicos, dejando aparte su indiscutible y necesario talento: la paciencia y el constante esfuerzo del trabajo cotidiano. Sobre tales dos sólidos cimientos —asegura el propio Cela— se ha ido levantando, poco a poco, el impresionante edificio de su

producción novelística, en cuya gestación y elaboración no intervienen —no pueden intervenir— por inútiles, ni la inspiración ni la improvisación.



**—¿Nunca ha tenido un pensamiento, un sentimiento, que le haya llevado a decir: ahora mismo lo escribo?**

—En absoluto. No dejo nada ni a la improvisación ni a la inspiración, esas dos nociones que desprecio y que son dos de los grandes males hispánicos. Porque dejar todo a la improvisación no es bueno. Y creer que hasta que llega la inspiración no se hace nada, tampoco es saludable. Quizá se pueda pensar que la inspiración le llega a un poeta lírico, pero no a un novelista, porque la novela supone no sólo un esfuerzo de inteligencia,



de conocimiento del lenguaje, sino también de resistencia física. Por tanto, creer en la inspiración es un subterfugio. Una persona tan poco sospechosa de estar vendida a la burguesía como era Baudelaire, afirmaba: «La inspiración es trabajar todos los días». Y para Dostoievski, «el genio es una larga paciencia mantenida». En una palabra, creo muy poco en la casualidad y mucho en el trabajo. Y en el talento, claro, porque hay que tener un poco de talento: es evidente que a fuerza de paciencia, sólo de paciencia, no se puede escribir un libro bueno. Hay que tener unas mínimas condiciones.

**—¿Cuál es, entonces, la relación entre intuición y trabajo?**

—La intuición tiene que ponerse al servicio del trabajo. Hay siempre intuiciones. Lo que sucede es que la inspiración tampoco consiste en eso, porque una intuición puede venir súbitamente, sin necesidad de entrar en trance.

Antes que pensador o filósofo, Camilo José Cela es un artista. Su afán por desvelar la esencia humana —tarea, en principio reservada al ámbito de la racionalidad más estricta—, coincide en su obra con la búsqueda originaria de la pureza verbal. Ello es patente en el tratamiento poemático que confiere a su prosa, donde cada palabra es elegida cuidadosamente, más que como soporte instrumental del evento narrado, como elemento estético válido en sí mismo. Definición suficiente de lo que es el gran poeta, en el sentido amplio del término, como creador de mundos paralelos a la realidad, partiendo de la imaginación y alcanzando la belleza. Camilo José Cela, en definitiva, persigue únicamente la pura creación literaria, el auténtico placer de escribir.

**—Vayamos, Camilo José, a los laberintos últimos. ¿Qué se pretende cuando se escribe?**

—Pues eso mismo, escribir. ¿Le parece poco? Escribir, sin objetivo trascendente alguno. Los escritores, que somos gente de mucho sentido común, nos diferenciamos de los inventores de religiones y de los políticos, en que no queremos arreglar nada. Ellos tampoco lo arreglan, pero lo pretenden.

**—¿Sería usted partidario de la creación de escuelas de escritores?**

—No. Yo creo que es como la clase de Literatura. No viene mal dar un barniz e incitar a los alumnos a la lectura. Ahora bien, enseñarles cómo se escribe, no. Porque entonces carecerían de estilo propio. Y si un artista no tiene voz propia, en fin, no tiene nada que hacer. Aunque la voz propia no tiene por que ser una gran voz. No olvidemos que el poeta español más importante del siglo XIX fue un poeta menor, Gustavo Adolfo Bécquer, poeta de una sola cuerda, pero hay que ver cómo sonaba esa cuerda. Sin embargo, la obra de los grandes poetas metafísicos del mismo siglo —Núñez de Arce y Campoamor—, hoy no interesa nada o interesa mucho menos. Hay que comenzar por tener una voz propia y esa voz no se puede aprender en las escuelas. Ahora bien, animarlos a leer, sí, sin duda alguna.

**—Contemplemos la realidad desde otra perspectiva. ¿Sería posible originar un embrión de fabulador en un niño por el hecho de contarle historias?**

—Ignoro si el hecho de contarle historias, como usted dice, origina en el niño una capacidad de fabulación o no, pero sí le despierta el interés por la fabulación, sin ninguna duda. Si admitiéramos que



se pudiera predisponer hacia la fabulación, llegaríamos a la consecuencia de que se podría crear al escritor. Lo cual, probablemente, está muy lejos de la realidad.

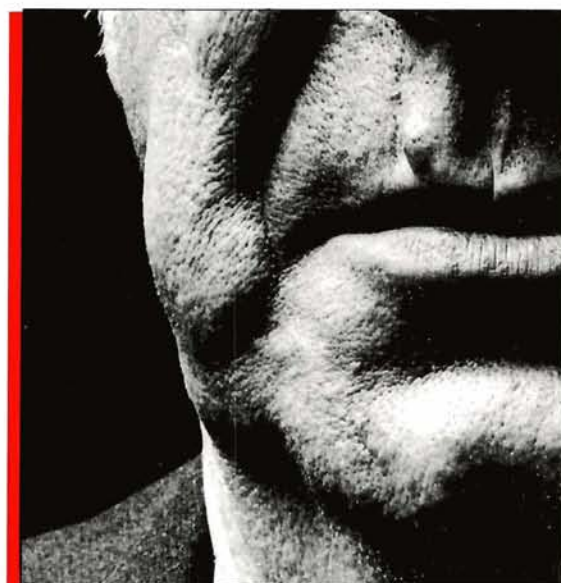
—**Me interesa el testimonio personal de sus propios demonios familiares. ¿Ha sentido alguna vez el deseo de abandonar la escritura?**

—No, nunca. En caso contrario, lo hubiera hecho, porque una de las normas de mi familia es no hacer nada que no queramos. Y no nos va tan mal. Sería horroroso escribir a contrapelo de la propia voluntad, sería terrible. Cuando termino un libro, que es muy cansado, suelo hacer un viaje, pero eso no es dejar de escribir. Eso es dejar de hacerlo durante un tiempo, breve casi siempre.

Junto a su genio literario, expresado magistralmente en tantos y tan significativos libros, y paralelamente a él, Camilo José Cela no ha renunciado —antes bien, cabría decir lo contrario— a crearse una aureola o pose personal de escritor, que es muchas veces lo que escandaliza a esa que él mismo llama «la ignara burguesía del país». En palabras de Dionisio Rídruejo, «Cela ha tenido que ser estrategia de su fama, porque aquí, el que se hace el humilde se le toma al minuto por la palabra para que se clareen las filas. Pero el que impone el culto de su personalidad y lo hace con voluntad imperativa, se sale con la suya». El resultado de tal política de presencia ha sido la creación de una personalidad, cuando menos, desbordante y llamativa, que se puede admirar o reprobar, pero nunca ignorar.

—**Camilo José Cela, ¿qué le produce más placer en esta vida?**

—Me gusta mucho escribir, muchísimo. El estar en mi mesa de trabajo, ante



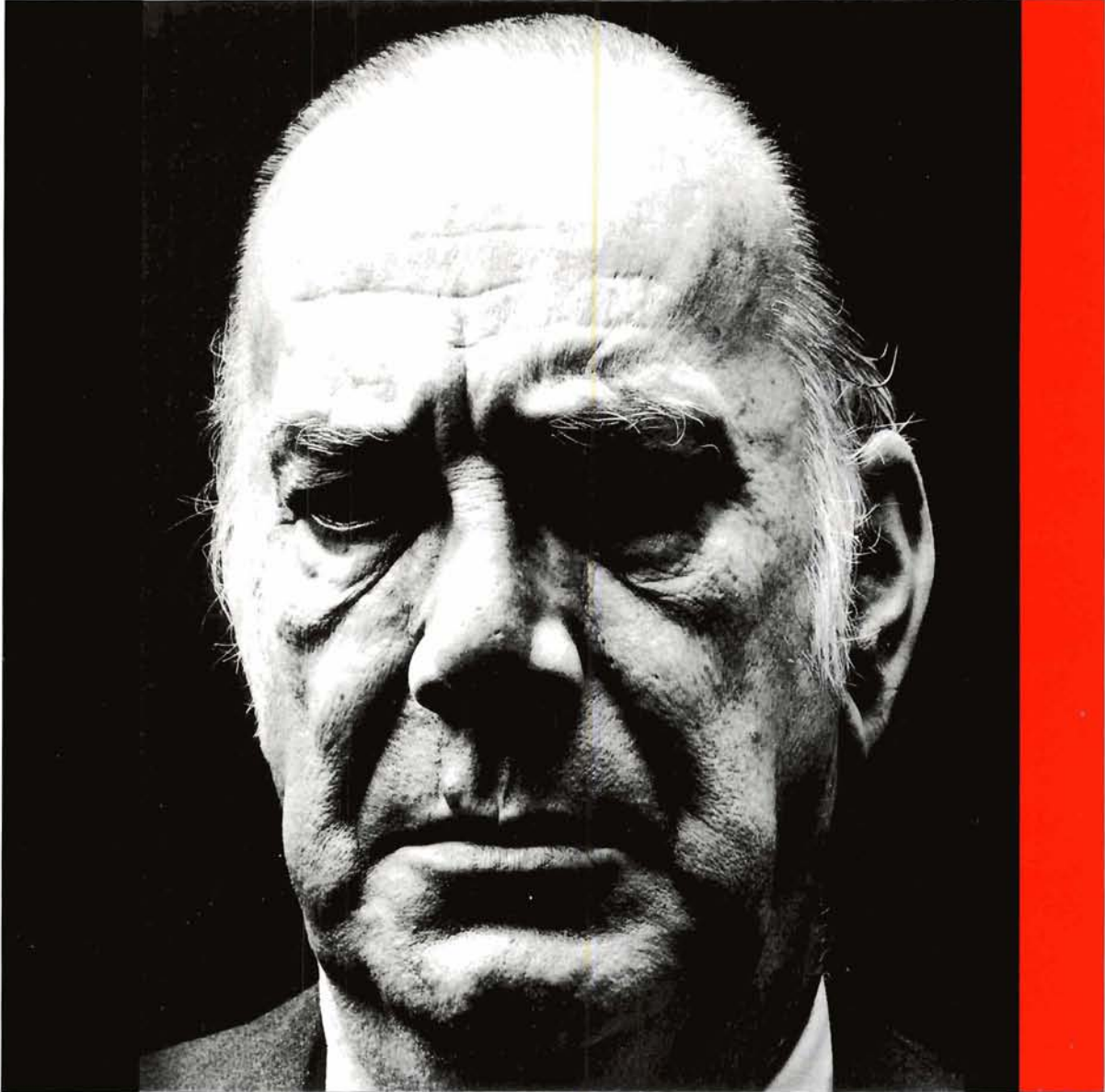
la cuartilla en blanco, que es sobrecogedora, me produce una gran satisfacción. También me gusta viajar, me gusta tratar con gente. Me gustan menos los museos y las catedrales, en general lo encuentro bastante aburrido.

—**Se dice a los jóvenes que el mundo futuro consistirá en no trabajar y vivir bien. ¿Qué opina de semejante profecía?**

—Peor para ellos. El día que no trabaje nadie y toda la gente esté rodeada de máquinas, habremos llegado a un mundo en que no habrá más que peones y técnicos. Mal porvenir. Ahora, allá cada cual. Yo estaré criando malvas, o cardos, según la latitud.

—**Terminemos, si le parece, con latidos cordiales y sentimental cadencia. ¿Se ha enamorado usted en alguna ocasión?**

—Respecto a eso, a mí me pasa un poco lo que le sucedía a San Agustín: estoy enamorado del amor. Yo estoy permanentemente enamorado, lo que no se sabe es de qué o de quién. Por otra parte, creo que es importantísimo estarlo. En



todo caso, si se refiere a si estoy enamorado de alguna mujer, puedo decir que sí, de muchas. Gracias sean dadas a los clementes dioses, claro.

Como colofón y resumen final de esta pequeña muestra de lo que es el talante humano y literario de Camilo José Cela, quizá no vendrá mal citar de nuevo

sus palabras, en esta ocasión con lo que podría definirse, al mismo tiempo, como autorretrato y profesión de fe personal y creativa, todo ello bajo el barniz del orgullo bien entendido y de su peculiar humor tan característico: «Yo sólo me dedico a escribir a Dios, dándole cuenta de lo que pasa en la tierra».



